

JORNADAS
CULTURALES

La Presencia
J U D I A
en Mé x i c o

Memorias

Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM
Tribuna Israelita
Multibanco Mercantil de México, S.N.C.

1987

Índice

Preámbulo	9
Presentación: México en dos abuelos <i>Enrique Krauze</i>	11
DESARROLLO HISTÓRICO DE LA PRESENCIA JUDÍA EN MÉXICO	
Los conversos en el México colonial <i>Alicia Gajman de Backal</i>	19
La formación de la comunidad judía mexicana <i>Gloria Carreño</i>	29
Integración y modelos de identificación <i>Judith Bokser de Liwerant</i>	35
LA PRESENCIA JUDÍA EN LA LITERATURA	
La ética judía en tres poemas cristianos <i>Sandro Cohen</i>	51
La cábala en los tiempos <i>Angelina Muñiz</i>	63
Los premios <i>Nedda G. de Anhalt</i>	69
Presencia judía en el teatro en México <i>Malkah Rabell</i>	83
LOS JUDÍOS Y LA CIENCIA	
Introducción <i>Marcos Rosenbaum</i>	95
La arqueología como puente entre las ciencias y las humanidades <i>Jaime Litvak King</i>	97
Los receptores hepáticos y la regulación alimentaria <i>Mauricio Russek</i>	107
Matemáticas <i>Samuel Gitler</i>	113
Ciencia y cultura <i>Mauricio Fortes</i>	115

Integración y modelos de identificación

I

La comunidad judía de México surge como resultado de las migraciones judías que en el mundo contemporáneo conforman el elemento central y constitutivo de las nuevas comunidades. Ciertamente el fenómeno migratorio ha sido un componente permanente de la existencia histórica judía: el exilio y la dispersión han sido a lo largo de su trayectoria experiencias constitutivas y determinantes. Visto desde una perspectiva sociodemográfica, a partir del siglo XIX los procesos migratorios han modificado radicalmente el mapeo del judaísmo mundial. El deterioro de la situación de por sí ya marginal y precaria de los judíos en Europa Oriental y el Imperio Zarista por una parte, y en el Imperio Otomano por la otra, convirtieron la necesidad de emigrar en opción de supervivencia. A su vez, las nuevas formas de incorporación e integración de los judíos a las sociedades y estados que como resultado de la emancipación les habían concedido un estatuto de igualdad jurídica y política, se vieron afectadas por los movimientos de reacción y manifestaciones de antisemitismo, mismos que determinaron la necesidad de emigrar.

Los procesos migratorios y sucesos tales como el Holocausto convirtieron así a uno de los pueblos más antiguos de la historia, el pue-

blo judío, en uno de los más jóvenes desde el punto de vista de los lugares de residencia de la mayoría absoluta de sus integrantes.¹

El carácter de estas migraciones masivas, que rebasó la dimensión individual y las convirtió en fenómeno colectivo, puso en juego no sólo el desarraigo espacial y cultural de los países de origen sino también, y por sobre todo, la necesidad y el reto de incorporarse a un nuevo espacio e integrarse al nuevo mundo.

En la conformación de la joven comunidad judía de México, así como en las del resto del continente, la inmigración estableció las bases de los modelos organizativos y culturales y determinó los roles iniciales que los judíos jugaron en diversas esferas de la vida del país.²

Inmigración e integración, por tanto, son diferentes aspectos y momentos de un proceso complejo. Visualizamos la integración como un proceso en continuo hacerse, más que como una condición estática, producto de múltiples interacciones, influencias recíprocas y, sobre todo, grandes desafíos a la convi-

¹ Avni, Haim, *Argentina y la Historia de la Inmigración Judía, 1810-1950*, Buenos Aires, AMIA, y Jerusalem, Magnes Press, 1983, pp. 9-11.

² Schmeltz, I.O. y Sergio Della Pergola, "La Demografía de los Judíos de América Latina", Jerusalem, *Rumbos*, núms. 15 y 16, marzo y junio de 1986.

encia humana, en el que son varios las instancias y los sujetos que intervienen. Ciertamente, el grupo inmigrante es uno de los sujetos principales. En él se conjugan las dimensiones psicosocial y psichistórica, de modo tal que la historia personal y grupal del inmigrante se encuentra inextricablemente entretejida con el proceso histórico.³ Es en el proceso migratorio donde se pone en juego la propia coherencia personal de la integración individual y grupal y se movilizan las imágenes rectoras, visión de mundo, valores, actitudes e ideologías con los que se enfrentará a su nuevo mundo. Condicionante de ello han sido su país de origen y el lugar, la inserción y tipo de interacción grupal que el inmigrante ha tenido con la sociedad mayoritaria.

A su vez, las características sociodemográficas, económicas, políticas y culturales de la nueva sociedad receptora, a las que el inmigrante llega y al interior de las cuales aprenderá el difícil principio de adaptación, constituyen el nuevo sujeto condicionante de este proceso. Desde la perspectiva de la nueva sociedad, se delimitan las expectativas de integración que ésta le plantea al grupo. Éste, a su vez, genera sus propias expectativas. De hecho, interactúan de modo complejo la adscripción que la sociedad le confiere al grupo con su propia autoadscripción. Ahora bien, estas expectativas rebasan el nivel de las voluntades para encontrarse con las tendencias y características culturales y estructurales del país. Desde el inicio del encuentro, en la formulación de las políticas migratorias de México, en la opción de alentar o restringir la inmigración, junto a la variedad de intereses y coyunturas, se manifiesta una concepción

del papel del inmigrante en el desarrollo del país y, sobre todo, una significación de lo "extranjero" en la conformación de lo nacional. Por su trayectoria histórica, México ha enfrentado desde el inicio de su vida estatal independiente la problemática de su propia integración como uno de los desafíos fundamentales. La concepción de lo nacional que se gesta a partir del proceso revolucionario opone a la xenofilia prevaleciente durante el porfiriato —interpretada en términos de subvaloración de la tradición nacional— el reconocimiento de la herencia india como base de la población verdaderamente nacional y el orgullo de ser mexicanos.⁴ Se da entonces una reevaluación del contenido y componente nacional de la identidad mexicana que en parte precede, y en parte acompaña al proceso revolucionario, y que se caracteriza por una nueva conciencia de la nación mexicana como una entidad con una historia nacional distintiva y una personalidad propia.

El énfasis diverso en la composición del mestizaje lleva en todo caso a su reconocimiento como lo verdaderamente mexicano, lo nacional.⁵ En este proceso, la definición de una identidad nacional con contenidos homogéneos y unívocos ha sido un recurso central, a la vez que instrumento en la búsqueda de otras formas de integración tales como la económica, la social y la política, que constituyen desafíos igualmente centrales.

Ahora bien, a los contenidos filosófico-políticos, culturales e ideológicos que aspiran a definir esta integración e identidad

⁴ Brading, David, *Los Orígenes del Nacionalismo Mexicano*, México, Era, 1985.

⁵ Brading, David, "Darwinismo Social e Idealismo Romántico", México, *Vuelta*, núm. 109, diciembre 1985, pp. 20-25. Turner, Frederic, *La Dinámica del Nacionalismo Mexicano*, México, Grijalbo, 1971.

³ Erickson, Erik, *Historia Personal y Circunstancia Histórica*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.

nacional se suman las características estructurales que delimitan e inciden a su vez sobre el país. Por lo tanto, y visto desde esta perspectiva, destaca la complejidad misma de integrar en su seno a un grupo minoritario, si entendemos por ello un grupo humano cuyos miembros comparten ciertas características objetivas que los diferencian del resto de la población, tales como el origen étnico, el idioma, la religión o la cultura, y que desean seguir manteniendo y fomentando esas características diferenciales.⁶ Quisiéramos destacar dos aspectos: la existencia de características objetivas que lo distinguen y que la sociedad mayoritaria reconoce, y la voluntad de mantener su identidad, tanto individual como grupal.

Ciertamente en el caso de la minoría judía se conjugan una dimensión histórico-religiosa, elementos étnicos y culturales y necesidades comunes como resultado de la propia inmigración que determinan formas de gregarismo y organización grupal.

Por ello, la integración debe ser vista como un fenómeno multidimensional, tanto cultural como étnico, así como económico y social, en el que cada una de estas dimensiones tiene sus propios canales de incorporación, un tiempo y ritmo, así como un alcance diverso, esto es, su especificidad. Consecuentemente, éste es un terreno en el que se dan tendencias diversas, aun contradictorias, que inciden de un modo igualmente diverso sobre la misma, y que configuran, a su vez, modelos de identificación e identidad complejos.

Integración e identidad son fenómenos de interacción tanto individual como colectiva, cuyos patrones de estructuración y de expre-

sión son históricos y, por tanto, cambiantes y sujetos a transformaciones. Las relaciones que se establecen entre los miembros del grupo minoritario y la sociedad circundante son múltiples y complejas, al aspirar éstos a integrarse sin renunciar a su autoidentificación o conciencia de pertenencia y continuidad grupal, y tomando en cuenta la adscripción que la propia sociedad les confiere. Ahora bien, si la integración alude en nuestro caso a una incorporación del grupo a la sociedad manteniendo su identidad judía, ello no excluye otras formas de incorporación, para las cuales podría ser más adecuado denominarlas de asimilación, lo que supone una identificación con la sociedad mayoritaria a costa de la pérdida de toda forma de identidad judía.

Si en el proceso de integración de todo grupo deben ser consideradas las dimensiones señaladas, en el caso de la inmigración judía deben a su vez ser tomados en cuenta los desarrollos y eventos de la historia judía a nivel mundial, tanto aquellos que han determinado a la generación inmigrante, como aquellos que van a incidir sobre las nuevas comunidades ya establecidas, reforzando y diversificando sus formas de solidaridad colectiva y focos de identificación.

La complejidad y multidimensionalidad del proceso cuestionan las concepciones simplificadoras que han conducido a visiones lineales y mecánicas, tales como aquellas que, partiendo de la perspectiva de la etnicidad, plantean que el comportamiento y la conciencia étnica declinan con cada generación y, por tanto, los grupos étnicos desaparecerán conforme se avanza de la generación de inmigrantes a las sucesivas generaciones nativas. O aquellas que plantean un desarrollo lineal y "progresivo", con diversas fases, partiendo de una inicial de asimilación cultural o aculturación, y culminando con la total asimilación,

⁶ Cfr. la definición y clasificación de minorías de las Naciones Unidas, 1950.

esto es, la identificación con la sociedad mayoritaria a costa de la pérdida de la identificación grupal.⁷

No sólo la permanencia de una identidad judía pone en entredicho estos planteamientos; diversas formas de regionalismos y el resurgimiento de la conciencia étnica de minorías religiosas y nacionales —la chicana en Estados Unidos, entre ellas— también lo hacen.

II

Si como hemos apuntado, integración e identidad son procesos resultantes de interacciones individuales y colectivas, múltiples y cambiantes, bien podemos entonces aludir a ellos como productos, a la vez que productores, de dinámicas variantes del encuentro entre diferentes tipos de inmigración con diferentes momentos y características de la realidad nacional. Ilustrativo de ello resulta la presencia de los judíos durante el porfiriato.⁸

Dos tipos fundamentales de presencia judía hubo entonces: la de los individuos provenientes de Europa Occidental y la del flujo migratorio del Imperio Otomano.

Los judíos que llegaron a México provenientes de Europa Occidental, franceses —sobre todo de Alsacia—, ingleses, alemanes y algunos norteamericanos, lo hicieron en forma individual, producto de una voluntad de progreso económico en el contexto de la ex-

pansión capitalista al continente americano. Llegaron como extranjeros cuya nacionalidad estaba definida por sus respectivos países y se insertaron en lugares prominentes de la estructura socioeconómica.

Esta presencia, si bien reducida numéricamente, fue significativa en términos de su inserción y de su participación en el desarrollo del país; a título ejemplar, en la fundación del Banco Nacional, en el financiamiento del desarrollo minero y ferroviario, en el comercio.⁹

El papel más destacado en estos ámbitos lo tuvieron los judíos franceses. Eran judíos emancipados y asimilacionistas, que habían accedido a la igualdad jurídica y política en sus países como resultado de la emancipación, y cuyo estatuto cívico dejó de depender de una inserción estamental o corporativa judía, y adquirió un carácter individual.¹⁰ Ello no sólo tuvo un impacto radical sobre las relaciones del judío con su entorno, sino que modificó su propia autopercepción e identidad. El foco de articulación con su judaísmo era el ámbito de lo privado, la religión, sin otro componente de identidad, ya fuera étnico, nacional o colectivo. Eran judíos acostumbrados a que las oportunidades de incorporación y aceptación social dependían de factores individuales y no grupales. Ello, sumado a la ausencia de necesidades materiales y espirituales comunes, condujo a la negativa y ausencia de toda forma de organización comunitaria.

Se ha señalado que algún tipo de conexión pareció darse entre la política oficial del positivismo y las formas de expresión de la

⁷ Cfr. Sandberg, Neil, *Ethnic Identity and Assimilation: The Polish-American Community*, New York, Praeger, 1974; Gordon, Milton, *Assimilation in American Life*, New York, Oxford University Press, 1964.

⁸ Sobre la presencia judía durante el Porfiriato, Cfr. Krauze, Corine, *The Jews of Mexico, A Social History, 1830-1930*, Tesis Doctoral, University of Pittsburgh, 1970.

⁹ *Ibid.*, pp. 45-65

¹⁰ En torno a la Emancipación, Cfr. *La Emancipación Judía*, D. Bankier Editor, Jerusalem, Mount Scopus Publications, 1983.

vida judía en ese período, concretamente la ausencia de organización comunitaria y de formas de expresión religiosa colectiva. La posición empírica antirreligiosa de la República positivista que se inicia en 1867 con la República Restaurada, pero que cuaja y se implementa con el régimen de Porfirio Díaz, llevó a consolidar una concepción de tolerancia religiosa interpretada como ateísmo, misma que parece haber desalentado, a su vez, formas de expresión religiosa judía colectivas.¹¹

Bien podemos señalar entonces que para este grupo los canales de incorporación fueron simultáneamente económicos y sociales, esto es, el tipo de inserción en la estructura ocupacional llevó a una intensa interacción social desde el inicio, y a una aculturación con contenidos cosmopolitas más que nativos, característicos de la cultura dominante en los sectores socioeconómicos a los que se incorporan. Recordemos la xenofilia que acompañó al pensamiento positivista dominante en la época, caracterizado por el cosmopolitismo y orientado a valorar y magnificar la cultura europea como correlato de la actitud de subvaloración de lo indígena.

Para muchos de estos judíos, entonces, la cuestión no fue de integración grupal sino de asimilación individual. Testimonios de la época relatan "que la mayoría de los jóvenes se casan con muchachas no judías, por lo que no pueden educar a sus hijos en la fe judía",¹² y describen a la ciudad de México en una atmósfera cosmopolita y tolerante, donde priva una actitud de simpatía y respeto hacia el judío y donde hay más mezcla entre gentes

de diferentes fes o sin fe que en cualquier ciudad de tamaño similar.

Esta presencia judía durante el porfiriato no se puede plantear en términos de una vida o comunidad judía organizada; se trata en todo caso de un comportamiento individual cuyos modelos de identidad dominantes se explican por su pertenencia nacional de origen y por el lugar que el extranjero, en general, tuvo durante la época, en el seno de una sociedad caracterizada por una aguda segmentación étnica y socioeconómica, y no por la integración.

Ahora bien, durante los últimos años del porfiriato, un nuevo tipo de inmigración judía llega a México, proveniente del Imperio Otomano, sobre todo de países en los que su situación era de marginación.¹³ Países con un fuerte fanatismo religioso, en los que el agravio al judío por gente de la población constituía parte de su existencia. Éstos llegan a México huyendo del deterioro de su situación y buscando un nuevo espacio de vida como opción de supervivencia.

Por su experiencia previa en los lugares de origen y carentes de recursos materiales, la posibilidad de integrarse individualmente a la sociedad circundante se vio reducida, acrecentando por tanto la necesidad del apoyo mutuo y de organización grupal. Ello, sumado al fuerte contenido religioso y tradicionalista de su identidad, condujo a que se establecieran casas para el culto judío, sentando así las bases de núcleos de agrupaciones judías. Sus canales de integración ocupacional y socioeconómica difieren de los

¹¹ Krauze, *Ibid.*, Cap. 2.

¹² Rabino Martin Zielonka, "Letters From Mexico", *American Israelite*, Cincinnati, Carta del 16 de julio de 1908.

¹³ Tal es el caso de los judíos que se encontraban en el norte de África, Siria, Palestina y la Península Arábiga. La otra gran área donde se encontraban importantes comunidades judías en el Imperio Otomano es en la Península Balcánica y Turquía.

anteriores; no son inversionistas sino que se ganan la vida como vendedores ambulantes en la ciudad de México y en provincia. Es éste el tipo de inmigración que continúa afluyendo a México durante el período revolucionario y que hace necesario el establecimiento de lo que históricamente ha sido el germen de toda comunidad judía organizada: un cementerio judío.

Destaquemos, por último, que si bien la inmigración fue vista como estrategia para el desarrollo económico y social del país, a pesar del aliento a ésta, manifiesto en las políticas migratorias así como en la flexibilidad de la Ley de Extranjería, México no fue un país de inmigrantes. Indicativo de ello es que de 1885 a 1910 más de 22 millones emigraron de Europa al continente americano, y México recibió sólo 116,527 inmigrantes, de los cuales el número de judíos fue muy reducido.¹⁴

III

Ciertamente, la comunidad judía de México se establece con la llegada de la inmigración que se dio a partir de la segunda década del siglo XX. Coincidentes con declaraciones que la alientan por parte de los presidentes Obregón y Calles y con las restricciones a la inmigración a Estados Unidos a partir de 1921 y 1924, comienzan a llegar las principales olas de inmigrantes que van a conformar la población judía del México contemporáneo. Éstos provienen fundamentalmente de Europa Oriental y Rusia en donde estaban sometidos

¹⁴ Cfr. Krauze para una estimación aproximada del número de judíos, así como las fuentes y dificultades de cálculo.

a condiciones de marginación, persecución y pauperización. Sus condiciones y modo de vida no eran una cuestión de opción individual, sino que dependían de una definición colectiva; vivían en masas compactas, aisladas del entorno, lo que había reforzado el sentimiento de pertenecer a un pueblo o nación en el seno de una diversidad de nacionalidades.

La precariedad de las condiciones en que llegaron a México se ve descrita en un testimonio de la época: "Deambulaban desprovistos de medios de vida, en condiciones de salud imposibles de describir, en necesidad urgente de ayuda y sumamente desesperados."¹⁵

Sus necesidades comunes e inmediatas de supervivencia así como de apoyo mutuo se suman a la sensación de pertenencia nacional al pueblo judío, reforzando la necesidad del espacio comunitario, tanto en el amplio sentido de lazos y tipo de interacción, como en el de la dimensión propiamente organizativa. Es en la comunidad en donde el inmigrante ve la instancia que le va a proporcionar apoyo y ayuda para la satisfacción de sus menesteres y carencias materiales y espirituales a la vez que una estructura mediadora entre él y su nueva sociedad.

El hecho de que la población de México haya sido poco afectada por las corrientes migratorias, prevaleciendo por tanto en su composición el elemento étnico indígena, así como el dominio de la religión católica en la población, tendieron a reforzar la extranjería del inmigrante repercutiendo sobre sus formas de gregarismo y organización grupal.

¹⁵ Para un panorama de la época, Cfr. Hexter, Maurice B., "The Jews in Mexico", American Jewish Congress, 1926.

Se comienza entonces a desarrollar un amplio espectro de organizaciones asistenciales y económicas, instituciones religiosas, organizaciones comunitarias sectoriales de acuerdo al lugar o región de origen, así como instituciones educativas y organizaciones político-culturales que reflejan, a la vez que refuerzan, las diversas formas de identificación grupal judía generada en los países de origen, en una gama que incluye identidades tanto tradicionales como liberales, nacionales como cosmopolitas, religiosas como seculares.

La incorporación del inmigrante a la estructura ocupacional del país fue el ámbito inicial que caracterizaba de modo predominante, si no exclusivo, su interacción con la sociedad. El comercio ambulante, la buhonería y las actividades artesanales fueron el rasgo distintivo de su ocupación. De buhoneros a un puesto fijo en un mercado, a tiendas y pequeños comercios, y de actividades artesanales y manufactureras a pequeñas fábricas en la capital y la provincia, es el panorama global y gradual de su incorporación funcional.¹⁶

El impacto de los acontecimientos internacionales sobre la situación del pueblo judío y su repercusión a nivel nacional inciden sobre el patrón y ritmo ulterior de la estructuración comunitaria. Esbozada tendencialmente, la década de los años treinta es en este sentido crucial por el ascenso del nazismo.

En México, las expresiones antijudías de un nacionalismo de grupúsculos de derecha aspiró a capitalizar manifestaciones antisemi-

tas, basadas en argumentos de competencia económica y desplazamiento de la población y de los intereses "nacionales" por parte de los "extranjeros".

Así, a la acción del "Comité Nacional antichino y anti-judío" y a la expulsión de 250 buhoneros judíos de La Lagunilla a inicios de la década, se suma la creación del Comité Pro Raza (1933) y de Acción Revolucionaria Mexicanista (1934) con sus tristemente conocidas Camisas Doradas, organizaciones fascistas y antisemitas, ambas esgrimen argumentos que demandaban proteger los intereses nacionales frente a la competencia extranjera, ejerciendo presiones con tonos chauvinistas y nacionalistas.

El carácter antifascista del régimen fue manifiesto: Cárdenas disuelve a las Camisas Doradas en febrero de 1936. Resulta importante destacar que si bien gozaban del apoyo del general Saturnino Cedillo, entonces ministro de Agricultura, no se trató en forma alguna de una conexión entre el régimen y manifestaciones de antisemitismo; éste nunca fue oficial. Por el contrario, la lucha contra el fascismo fue la impronta en la política nacional y su proyección a nivel internacional.

Con la consolidación del nazismo en Alemania, la necesidad de emigrar de los judíos fue cada vez más imperiosa. Paralelamente, la legislación de inmigración a México fue cada vez más restrictiva; en la Ley de Población de agosto de 1936, la inmigración ya no ocupa un lugar central para fomentar el aumento de la población, sino la procreación y la repatriación. Esto se manifiesta en la prohibición y restricción de entrada a trabajadores o inmigrantes cuya supervivencia dependa de un salario y al establecimiento de un sistema de cuotas de inmigración cuyo criterio es que se adapte a la composición étnica y necesidades económicas de la población,

¹⁶ Maizel, Tobías, "Judíos en México (Materiales Demográficos)" En: Sourasky, León, *Historia de la Comunidad Israelita de México 1917-1942*, México, 1965, pp. 271-291; y Seligson, Silvia, *Los Judíos en México: Un Estudio Preliminar*, México, INAH, 1973, Cap. 8, pp. 153-183.

repercutiendo sobre la inmigración judía.¹⁷

Si esbozamos de un modo igualmente tendencial los efectos que estos procesos tienen sobre la comunidad veremos como, iniciando esta década, se fundan instituciones que aspiran a representar colectivamente a los judíos en el ámbito nacional. Se funda lo que pronto sería la Cámara Israelita de Industria y Comercio, tomando la representación política de la población judía para su defensa frente a los ataques basados en argumentos de competencia económica, mismos que tendían ciertamente a enfatizar la extranjería de los judíos.

A su vez, la necesidad de dar apoyo a los judíos europeos, se traduce en la creación del Comité Pro Refugiados y la fundación ulterior del Comité Central Israelita (noviembre de 1938) con el propósito de incidir sobre la disponibilidad del gobierno para la aceptación de refugiados judíos.

Visto desde nuestra óptica temática, resulta pertinente destacar dos aspectos: por una parte, el fortalecimiento en el seno de la comunidad de la conciencia de reconocimiento a México por su clima de libertad y por su lucha antifascista, lo que a su vez incide sobre una conciencia y voluntad de pertenencia nacional y, por otra, el fortalecimiento de una organización y acción grupal representativa de las necesidades y solidaridad judía, y que particulariza esta pertenencia.

Es esta dimensión la que pone en juego la interacción compleja entre integración nacional e identidad y continuidad grupal. O, en otros términos, la legitimidad de particularismos en el seno de la cultura nacional. La

voluntad de consolidar una identidad nacional inequívoca reforzó la concepción de una cultura monolítica y homogeneizante. De ahí que, tal y como ha sido señalado, la política cultural del Estado mexicano hacia los grupos étnicos minoritarios (ya sean indígenas o de reciente inmigración) no ha favorecido su desarrollo cultural autónomo, enfrentándolos a dos alternativas: "o la asimilación total a los patrones mayoritarios y dominantes, o bien la existencia como enclaves culturales, al margen de la sociedad nacional, y sufriendo de hecho el rechazo de ésta".¹⁸

Por tanto, ya para la generación de inmigrantes judíos, junto a su identidad grupal, México, su nuevo país y los modos de integración a él se convierten en una preocupación central.

IV

Con el modelo de desarrollo económico asumido por el país, que repercute sobre la movilidad y estratificación socioeconómica, también la población judía irá modificando su conformación. Su inserción inicial en la buhonería y el pequeño comercio y en las actividades artesanales se ve sustituida por su ubicación en los ámbitos comercial e industrial y su creciente desarrollo, lo que conlleva a una movilidad ascendente y a su ubicación en el seno de los estratos medios y superiores. A su vez, y como resultado de las propias tendencias del desarrollo socioeconómico, asume un creciente carácter urbano y un comportamiento sociodemográfico correspondiente a los sectores modernos, que se han

¹⁷ Avni, Haim, "The Role of Latin America in Immigration and Rescue During the Nazi Era (1933-1945)", Colloquium Paper, Woodrow Wilson Center, 1986.

¹⁸ Stavenhagen, Rodolfo, "El Nacionalismo Mexicano ante las Minorías Étnicas", México, *Aquí Estamos*, núm. 2.

incorporado a la modernidad, y que son los minoritarios.¹⁹

A la generación inmigrante se suman las generaciones nativas. Si utilizamos el concepto de generación, tal como lo venimos haciendo, en un sentido sociohistórico y no sólo cronológico o demográfico, en el que incluimos no sólo al inmigrante sino a las normas y patrones de vida que lo caracterizan, ciertamente con las generaciones nativas asistimos a modificaciones.

Para éstas, a los canales de incorporación ya mencionados, tales como la industria y el comercio, se suman la universidad y las ciencias, las profesiones liberales y las artes. Canales de incorporación que conllevan simultáneamente a una interacción social más amplia y que van a incidir, por tanto, sobre las modalidades de integración. En efecto, el propio proceso de profesionalización no sólo modifica la estructura ocupacional, diversificándola, y los índices educativos, elevándolos, sino que tiene un fuerte impacto sobre la apertura de espacios e intensificación de la interacción social y cultural.

La gravitación en el ámbito comunitario también se ve modificada. Esta creciente interacción y participación en la sociedad no necesariamente está mediada por la acción o la preocupación comunitaria. Ciertamente desde el inicio de la comunidad judía organizada, más que pensarla en términos de un espacio estructural con límites relativos fijos al interior de los cuales se encuentran todos los judíos, se da una situación de círculos concéntricos con diferentes grados de acercamiento y compromiso y diferentes niveles de centralidad o periferia.²⁰ Los valores, actitu-

des y visión de mundo de la generación inmigrante así como sus necesidades dependían en un alto grado del apoyo grupal y por tanto reforzaban el acercamiento. La modificación de estas condiciones tiende a debilitar la necesidad de dicha mediación.

Esta tendencia que se ha conceptualizado en términos de la no correspondencia entre población judía y comunidad judía no debe llevarnos a conclusiones ligeras.

En primer lugar, ciertamente en la medida en que cada vez más el ser judío —en términos de autoidentificación— depende de una elección y no sólo del nacimiento, la opción de la asimilación es creciente. En los estudios sociodemográficos de la población judía hay un claro señalamiento de que, en el decrecimiento de ésta, a las bajas tasas de fecundidad —que aludimos anteriormente como comportamiento demográfico moderno—, debe sumarse la asimilación, esto es, el abandono de toda forma de pertenencia e identificación judía.

En segundo lugar, la creciente interacción en el seno de la sociedad, por una parte, y desarrollos históricos judíos a nivel mundial, por la otra, conducen, en un sentido opuesto, a que al problema de la estricta supervivencia grupal que caracterizó a la generación inmigrante lo suceda el de la búsqueda y definición de la identidad. Tanto en el eje de su mexicanidad como en el de su judaísmo —ya sea por auto-búsqueda o por interpelación—, las nuevas generaciones se enfrentan a esta búsqueda.²¹

_____ *munities in Frontier Societies*, New York, Holmes and Meier, 1983, pp. 23-40.

²¹ La producción literaria es ciertamente uno de los ámbitos donde se refleja esta búsqueda. En la poesía, el cuento y la novela de las jóvenes generaciones la temática de la pertenencia y de las raíces se manifiesta en

¹⁹ Cfr. Schmeltz y Della Pergola, *op. cit.*

²⁰ Elazar, Daniel with Peter Meeding, *Jewish Com-*

Asistimos ciertamente a un proceso de ampliación de opciones para articular su judaísmo, incluido el rechazo de los marcos comunitarios, a un proceso de diversificación donde los focos de articulación pueden ser diversos: de la exclusiva convivencia social a la dimensión religiosa, cultural y de pertenencia histórica. En el desarrollo de esta última ha incidido de modo central la creciente toma de conciencia del Holocausto. De un modo diverso y complejo ésta se expresa en la recuperación de la trayectoria histórica judía, intensificando las formas de solidaridad grupal.

A su vez, la centralidad del Estado de Israel, como respuesta a la demanda de liberación nacional y como "país de origen" —en sustitución del desaparecido judaísmo de los países de origen tras el Holocausto—,²² tiende a reforzar los lazos de solidaridad. Asimismo, la ampliación de opciones en torno a su mexicanidad y a los contenidos y focos diversos de su articulación que se manifiestan en el compromiso teórico y práctico con la realidad de un México que se construye desde la diversidad de ámbitos que lo componen.

Por tanto, y tal como hemos venido esbozando, dado que los procesos de integración e identificación no responden a una lógica de relación suma-cero, esto es, que para que se intensifique un polo debe debilitarse el otro, o que el debilitamiento de uno conduce nece-

sariamente al fortalecimiento del otro, lo que está puesto en juego es precisamente la articulación compleja de diferentes pertenencias. Y ello implica de lleno la afirmación y construcción conjunta de una cultura nacional plural al interior de la cual cobren legitimidad identidades particulares.

En todo caso, la diversidad de dimensiones implicadas en el proceso de integración —económica, social, política y cultural—, sus ritmos y tiempos diversos deben a su vez ser vistos sobre el trasfondo de un México que, al igual que toda sociedad, implica consenso y disenso, unificación y conflictualidad en un mosaico amplio y heterogéneo de grupos y fuerzas sociales con concepciones y proyectos diversos en torno a la construcción de la nación.

Por ello, indagar acerca de las modalidades de incorporación de un grupo, el judío, que en sí mismo contiene una diversidad de experiencias e identificaciones individuales y colectivas, a una sociedad, México, ella misma diversa y compleja, nos indica qué lejos estamos de una problemática simple o de un proceso unívoco y lineal. De ahí que sólo nos hayamos abocado a delinear tanto analítica como históricamente algunos aspectos que, si bien visualizamos como significativos, en modo alguno aspiran a ser exclusivos o, lo que sería más grave aun, excluyentes de la totalidad de factores a considerarse.

este doble eje. Si bien carecemos de un estudio sistemático para México, Cfr. para Argentina, Senkman, Leonardo, *La Identidad Judía en la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Pardes, 1983.

²² Natan Rotenstreich, "La Cuestión Judía vista sobre el Tránsito de la Emancipación", en: *La Emancipación Judía*, op. cit., pp. 1-26.